

en *La Gruta del Silencio* (1913). Su primera tentativa fué *Adán*, posterior en muchos años a la obra del autor de *Los Poemas de la Serenidad*. Ahora, en cuanto al magisterio de Huidobro en los poemas de Gabriela Mistral, ¿en qué puede haberlo advertido el autor de *La nueva literatura*? Los poemas calientes de humanidad y de ternura del poeta de *Desolación* ¿en qué pueden parecerse a las extravagancias de Huidobro, frenético buscador de metáforas inauditas? Por otra parte, sería una influencia fulminante la ejercida por un libro aparecido en Santiago de Chile en 1916 sobre unos poemas escritos también en Chile, no en Santiago, y publicados en una revista de Madrid, también en 1916. Si investigáramos un poco más, acaso descubriríamos que los versos influenciados se publicaron antes que el poema que los influenció.

Estas afirmaciones de Cansinos Assens nos dejan perplejos. Hacen dudar de la seriedad de un libro que pretende ser el panorama de nuestra evolución literaria.

DOSTOYEVSKI, por *Stefan Zweig*.—*Les Éditions Rieder*. París, 1928.

Este hombre triste, de rudo aspecto de labriego, perseguido y atormentado por todos los dolores de la carne y del espíritu, sacudido por la fiebre genial de la creación artística y de la visión profética, ha encontrado un hombre que se asome a su vida y a su obra y la interprete y la muestre en una prosa clara.

¿Puede haber para mí una cosa más fantástica que la realidad?, se preguntaba el genial escritor eslavo. Y el crítico apunta:

Hay en él algo del medium, del mago, del encantador que desgarrar la corteza de la vida para abrevarse en su savia reconfortante. Su mirada brota de lo profundo de su yo, de la esencia misma de su naturaleza demoníaca y, sin embargo, supera a todos los realistas con su realismo. Tiene la intuición mística de toda cosa; un indicio basta para darle una concepción «láustica» del mundo; un simple vistazo evoca el cuadro.

Henos aquí ante el padre de *Los Hermanos Karamazov*. Ste-

fan Zweig sabe contemplar las esencias y darnos la esencia de sus contemplaciones:

Shakespeare ha creado un mundo de la carne, Dostoyevski un mundo del espíritu.

Hemos de sub-rayar el aspecto humano de este libro: su autor es un hombre que trata de comprender y de hacernos amar a un hombre. Y su libro realiza el milagro de colocarnos frente al ruso desmesurado y genial, sentir sus amarguras, su hambre inmensa de Dios y asistir al nacimiento de sus éxtasis y sus esperanzas mesiánicas.

A primera vista nos creíamos ante la obra limitada de un escritor y descubrimos el infinito, un mundo en que los astros y las esferas resuenan con una extraña armonía. Lo que encontramos es un poder mágico lejano, un pensamiento que se pierde en un infinito nebuloso, un mensaje que nos es demasiado extraño para que, sin intermediarios, el alma pueda contemplar este cielo como el de su patria.

Desde este libro, como desde un mirador, vemos el paisaje turbulento de la vida de Dostoyevski y aprendemos a amarlo y comprenderlo en su trágica y desolada grandeza. Comprendiéndolo a él, comprendemos al pueblo ruso, grande y desmesurado como él; sufridor, y místico, y genial, y mesiánico como él.

El calvario ruso, del que hay que esperar la claridad para el mundo, estaba presentido en las religiosas páginas de Dostoyevski. Identificó su dolor con el dolor de su pueblo y forjó su obra escrita con desgarramientos de espíritu purificándose en la tragedia, como ha de brotar, acaso, del martirio heroico del pueblo ruso una nueva concepción del mundo y de la vida. Como Beethoven, otro atormentado genial, escribió de sí mismo, algún día podrá escribirse frente al sendero de Dostoyevski y de su pueblo:

A la alegría, por el dolor.

El libro de Stefan Zweig es un libro serio y profundo: deben leerlo los que quieran sentir a Dostoyevski.—M.